

**NATALIA
GARCÍA FREIRE**

**NUESTRA PIEL
MUERTA**



Primera edición: octubre, 2019

© del texto: Natalia García Freire 2019

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2019

Ilustración de cubierta: Iban Barrenetxea

Ilustraciones de interiores: Charles Dessalines, Oliver Goldsmith, Paul Poiré

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-120089-3-7

Depósito legal: M-29051-2019

IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

Moscas de cementerio	19
La noche que bramaron las vacas	27
El pie de Eloy	33
Chinche asesina	39
El ordeño	45
El piano	53
Larva blanca y fofa	59
Una ofrenda encendida	63
Las cíclopes	69
Dios se mete conmigo	75
Reina de los artrópodos	81
La hora del rosario	87
La araña	93
La nariz del profesor Erlano	99
Las cigarras	105
La anunciación	111
Casa de locos	117
La expulsión	123
Los insectos de la montaña	127
Pupa	133
Nuestra piel muerta	137
Felisberto	141
Imago	147

Para Matías y Bartleby (nuestro gato)

«Escuchamos los insectos
y las voces humanas
con distintos oídos»

Kobayashi Issa

No creo que mi difunto padre me esté observando. Pero su cuerpo está enterrado en este jardín, lo que queda del jardín de mi madre, rodeado por babosas, arañas camello, lombrices, hormigas, cucarrones y cochinillas. Quizá haya incluso algún escorpión que se pose junto al rostro medio descompuesto de mi padre y juntos parecen los dibujos de la tumba de un faraón egipcio.

Lo enterramos cerca del lugar donde descanso, detrás de estas estatuas de piedra. Si escarbo toda la noche podría encontrarlo, quién sabe si le agarraría primero las manos o los pies o la punta del pantalón del traje negro. Quién sabe cómo se habrá acomodado su cadáver para descansar en paz. Lo enterramos sin ni siquiera cambiarle el viejo traje ese que llevaba puesto, porque el cuerpo ya olía.

Sucedió todo tan deprisa que solo ahora que han pasado ya tantas noches de tantos días empiezo a pensar en él como un muerto, de los que penan. Y por las noches a veces le hablo.

Si ahora mismo me está observando, padre: he vuelto a casa. Aunque más bien parece que he vuelto a otro sitio, otro tiempo, otro mundo en el que jamás existimos. Disculpe si a veces me distraigo y me fijo, sin descanso, en las cosas

que usted llamaba inútiles. Pero ahora mismo con todas esas lombrices alrededor, debe estar usted pensando que después de todo no eran cosas tan sin importancia. ¿No? Si se le meten por la boca y las orejas y hasta, quién sabe, por el culo, y le escuecen por las noches; si van por su cuerpo de arriba para abajo buscando lo que queda de usted que les pueda servir y se posan sobre sus manos y sus pies y se contonean. ¿No le parece que, después de muertos, después de todo, son ellas más fuertes que nosotros? Y que bien pensado, quizá el mundo no es nuestro, sino de esos seres minúsculos que si se juntaran podrían cubrirnos por entero a todos.

Cubrir entera la tierra como una gran alfombra que desde el espacio se vería negra y brillante.

Esta no es nuestra casa, padre. No lo es desde hace tiempo. Creo que usted lo sabía ya y por eso se dejó matar. ¿No es cierto, padre, que fue eso lo que pasó? Que usted se dejó matar. Y que nadie habría podido ayudarlo porque usted lo que quería era irse. Irse de una vez. Aunque fuera por el camino más corto.

Y una mierda, padre. Siempre escogiendo usted el camino más corto.

He vuelto a casa, pero todavía no me he atrevido a entrar. Ellos siguen ahí, los vi comer codornices esta tarde y cuando estuve frente a la puerta tuve un escalofrío.

¿Niñerías, dice? Bah. ¡Pero qué dice, padre! En el tiempo que ha estado usted de muerto, yo he crecido y mientras trabajaba las tierras del señor Elmur, porque ahí me llevaron, sí, padre, a trabajar tierra ajena, cuando estuve ahí mis brazos se volvieron morenos y fuertes, y las piernas, escuálidas como las tenía, son ahora capaces de aplastar el cráneo de un animal

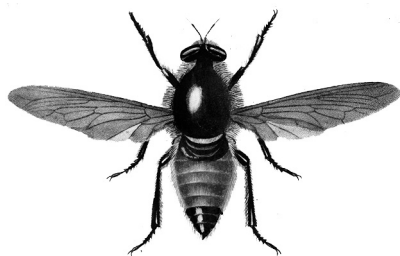
pequeño, un mono, o quizá un gato, digamos de una rata, de una sola vez. Nada de niñerías, padre. Pero usted no puede verlo porque anda por ahí de muerto. Y es culpa suya. Y lo sabe. ¿Recuerda que fue usted el que insistió en que se quedaran un poco más? Que había que cuidar a los forasteros y tratarlos como a hermanos. Que Dios mandaba esto, que Dios mandaba lo otro. Pues dígame a su Dios que ahora duermen en su cama, visten sus ropas y que han dejado su cuerpo bajo la tierra de su propio jardín para pisotearlo cada día.

Su cuerpo, padre, que ahora encogido se debe parecer más al mío de lo que los dos podemos imaginar.

Como un espejo esta tierra.

Yo de un lado. Usted del otro.

MOSCAS DE CEMENTERIO



Ya nadie me llama Lucas, padre.

Aunque puedo prescindir de mi nombre, pero tuve una familia. Nuestra casa me espera como una sucesión de sueños en los que no dejo de caer. Llegué atraído por ella, por esta casa con sus paredes amarillas y su tierra de costra.

Subí y bajé las colinas con los pies descalzos, caminando sobre tierra desnuda, con llano y con piedras, tierra muerta con lápidas de adoquines. Dejé atrás todos los caminos cargados de viento y brisa y mientras más me acercaba, más sentía este aire obscuro que ahora lo envuelve todo en este lugar, y que sale por las grietas de las paredes de adobe viejo, por los huecos que deja el papel tapiz, que se cae como la piel muerta; ese aire que parece enturbiar el espacio hasta lograr

un tono sepia como de abandono y aglutinar en el piso todas esas formas indefinidas de inmundicia.

Agachado como una sabandija la espío. A la altura de mi cabeza vuelan moscas, de esas diminutas y filudas, moscas de cementerio. Imagino que sobrevuelan países imaginarios. Es una guerra en miniatura. Abajo las hormigas, que caminan en fila india por el piso de losa, son los soldados a punto de atacar la última fortaleza en ruinas. Apoyo los dedos en el marco de madera de la ventana y miro los huecos que han dejado las polillas. ¡Balas de cañón!

Arriba de estos seres casi secretos hay un mundo ajeno, de grandes catástrofes.

Que no importa.

Usted solía repetirme hasta el cansancio que yo no me enfocaba en lo útil. «¡Por las barbas del Señor, Lucas! Eso no es importante», me decía cada vez que yo le iba a soltar algún cuento sobre los insectos que habitaban en el jardín de mi madre: orugas que avanzaban una detrás de otra como en una procesión devorando mala hierba, mantis religiosas que atrapaban colibríes y los engullían con elegancia, hormigas rojas que construían botes uniéndose entre ellas para cruzar pequeños charcos.

Usted tenía razón, padre. Siempre la tienen los muertos.

Es cierto, no me enfoco en lo útil. Me fijo en cosas insignificantes, me pierdo en naderías. Creo que mientras más grande el suceso, con más facilidad se disuelve. Los Torrente de Vals desaparecimos del pueblo y es como si nada hubiese sucedido. Dieron a mi madre, con mucho gusto, por loca; al fin y al cabo, siempre anhelaron poder declararlo con franqueza: «Lo veíamos venir, Josefina no iba a misa y

no era bautizada», comentaban en los pasillos del mercado del pueblo esas señoras de buena presencia que es lo mismo que decir señoras feas pero bien vestidas.

Y que a mí me hayan vendido como a un esclavo les parece algo bueno, algo merecido, porque qué otra cosa podía sucederle al hijo de una loca.

Nada queda de nosotros, padre, más que estos animales minúsculos atraídos por la calidez que rodea la muerte. Más vivos que los vivos que caminamos y hablamos.

De cuclillas, observo dentro de casa, asomo apenas la cabeza por la ventana, como el diablo. «Dios lo ve todo, Lucas», es lo que usted siempre decía. Pero yo ya no me lo creo, para eso Dios es muy mojigato. El Diablo, sin embargo, debe de ser un mirón. Y yo también.

Observo detrás del vidrio de la ventana, las gotas de lluvia hacen de lupa, pero todo se ve borroso. Tengo que hacer un esfuerzo para alcanzar a mirar. Todo parece seguir ahí. La sala con los sillones de rombos en los que mi madre se sentaba a leer, las bancas de esterilla, al fondo el comedor. Felisberto está sentado en su puesto, padre, el de la cabecera, y Eloy a la derecha. La luz de la tarde que entra por la ventana del frente les suaviza las facciones, como si de dos pastores se tratara. Están cenando codornices. ¡Cuánto gusto por las codornices! Por comerlas enteras. Las agarran de las patas y les dejan los huesos limpios desde las uñas hasta el cogote. Usan su ropa, ese par de levas de paño gris y llevan todavía las barbas largas como esperpentos, donde se les queda la espuma de la cerveza.

Las cosas que están dentro de la casa no han cambiado desde que me fui. Se pueden ver los retratos de los abuelos

en la pared que está detrás de Felisberto, las velas gastadas sobre la mesa, la alfombra persa, la vajilla china empolvada en la vitrina del rincón, arriba las botellas de sulfato, tartrato, bicarbonato, botellas de un blanco como el de los huesos y con olor a cuarto de boticario; el bargueño en la mesa de al lado, en cuyos cajones secretos mi madre guardaba flores secas para sus herbarios; incluso el mantel sobre la mesa es el mismo que usamos el último día en el que comimos todos juntos, lo único que bordó mi madre en toda su vida.

Todo está ahí, pero nada habla de nosotros, padre.

Esos hombres de los retratos, los abuelos, podrían ser un par de hombres cualquiera, bajitos y de aspecto solemne.

Uno creería que después de tanto tiempo de tenernos en su interior, lo menos que habría podido hacer esta casa era conspirar para atrapar a los intrusos, como una araña: tejer su red y mantenerlos ahí dentro hasta que se secaran. Pero las casas también envejecen y olvidan.

Desde algún lado aparecen Noah y Sarai. Caminan con los ojos en el vacío, con los uniformes de peto almidonados que Esther les obliga a usar, como muñecas de juguete. Retiran los platos con las codornices de la mesa y sirven dos cestas de fruta, pan y maíz tostado. Eloy no espera, agarra la comida de las fuentes con toda prisa. Miro su rostro, ese rostro carente de mentón, la papada temblorosa, las fosas nasales siempre abiertas, lo miro comer y volverse idiota, trozos de comida se le caen por todos lados y sus ojos no se quedan quietos. Si algo no le gusta lo arroja al piso.

Quizá era eso lo que más miedo nos daba de Eloy, ese aspecto de tonto de pueblo que en cualquier momento iba

a ser capaz de matarnos y acto seguido podría salir a comer habas fritas en el patio, bajo la sombra gentil del olmo.

Felisberto es, en cambio, un vivo. Cuy de vivo, decía Esther. Como los dueños de los animales de circo, jamás pone en duda los límites de su maldad o su vulgaridad. Los ejecuta sin temor. Lo conozco bien.

Cuando Sarai le retira el plato, él ya tiene la mano derecha en su cintura y la va subiendo a los pechos mientras, con la otra mano, agarra el hueso delicado del ala de codorniz. Lo imagino diciendo: «¡No solo de pan vive el hombre!». Ese tipo de cosas que decía Felisberto y que usted, padre, festejaba. Pero no puedo escuchar nada, solo puedo ver que ríe.

Me agacho y apoyo la espalda contra la pared. Un olor a orines que podría venir de mi ropa o de las líneas que hay entre las baldosas de algún modo me calma. Siempre me ha sucedido lo mismo, quizá por eso el orinal que dejaban en mi habitación por si en la noche tenía que mear me gustaba tanto. A veces me despertaba en plena madrugada, me quedaba tieso como un tronco y sentía un miedo original: el miedo al miedo. Entonces iba al orinal, la habitación por un momento se llenaba de vaho, y yo volvía a dormir con ese agradable olor como de herrumbre que sale de uno.

Ahora cae el sol y al fondo las colinas cambian de color y se vuelven sus propias sombras, los senderos se oscurecen y se vuelven senderos extraviados y los árboles cercanos no se mueven porque aquí, en esta casa, ya no hay viento y todo está quieto.

¿Qué vine a buscar, padre? ¿El silencio? ¿Un espejismo? ¿Una patria?

El que regresa no tiene nombre, ni sabe lo que busca, y en su propia casa vive en calidad de huésped.

Quizá debería haberme quedado bien lejos, como me dijo mi madre que hiciera. «Dime que te vas a ir de ahí para siempre, Lucas. ¡Júralo!». Eso me dijo una vez en el sanatorio de las madres marianitas. Un lugar donde todo expira, el final del fin. Me costó trabajo encontrarlo, pero lo vi, padre. Ni siquiera hay jardines; solo el bien y el mal, el cielo y el infierno: habitaciones de monjas y de enfermos. «¡Júralo, Lucas!», me suplicó mi madre, tomándome de la mano con mucha urgencia porque las monjas con pelos en los lunares se la estaban llevando. Y yo la miraba fijo a los ojos, que los tenía ya marchitos, la miraba mudo. Como dentro de un espejo.

Y no le hice caso.

No le hice caso porque mientras me llevaban lejos de esta casa, algo que me salía como del esternón se me iba tensando y me jalaba de vuelta como si hubiera nacido encadenado a esta tierra. Como están encadenados los vientos a las montañas.

Y quizá es mejor que a mi madre la haya enviado lejos, padre, porque si viera su jardín podría morir de pura pena, como siempre imaginé que ella moriría. No quedan nada más que los animales de piedra que mandó tallar, esparcidos como los restos de una civilización extinta, cubiertos de moho y enredaderas; el olmo solitario tiene las raíces levantadas, llenas de musgo, y las ramas secas.

Todos los rosales han muerto. Y los crisantemos.

De los alelíos permanecen pequeños tallos con astillas como troncos mutilados. El espiral de botones que se llenaba de colores distintos tiene apenas unos cuantos brotes de campanillas chinas y unas celosías. El resto del jardín está

invadido por plantas de mora salvaje, amapola, garranchuelo y cardos que me pinchan donde mis pantalones están rotos.

Arranco dientes de león y los como por la raíz y apoyo la cabeza sobre la tierra invadida del jardín. El recuerdo de mi madre suena entre las plantas muertas. O quizá sean las cigarras, que cantan mi regreso.

LA NOCHE QUE BRAMARON LAS VACAS



Aquel largo día se enfriaba y las vacas no dejaban de bramar. Esther se había puesto a trenzar el cabello de mis nodrizas, apretaba las hebras con fuerza como si estrangulara seres minúsculos entre los cabellos negros.

«El señor va a tener que matarlas», dijo en voz baja. «Y no van a dar ni siquiera buena carne», agregó.

Nadie le respondió y ella siguió apretando las hebras desordenadas en esa noche fría y sucia. Todas las de ese mes parecían llenas de polvo, y los días estaban colmados de una luz lechosa y flores secas que flotaban en los estanques. El tiempo era torpe, se atascaba en el sonido aquel, un sonido purulento, agotador. Si caminabas cerca de las vacas te arremetían náuseas porque sus bramidos parecían salir de un estómago ulcerado y una laringe seca.

Al principio pensamos que las vacas estaban en celo. Primero las llevamos hasta lo de los toros de los hermanos Moratti y rehusaron cruzarse, los rechazaron como a la peste; luego las arrastramos, Esther, Noah y yo, hasta donde pastaban los toros del padre Hetz; después les hicimos cruzar todo el pueblo hasta la finca del señor Manzi, donde vivía un semental por el que muchos ponían las manos en el fuego.

Recuerdo que cuando llegamos a la finca del señor Manzi el sol se estaba escondiendo y el aire estaba denso, el cielo no era amarillo ni gris, sino una mezcla turbadora de los dos. A unos diez metros de aquel semental, al que el señor Manzi había bautizado como Atrevido, las vacas se quedaron de piedra, inmóviles, todas juntas, como si una pared invisible hubiese estado plantada ante sus rostros. Estiraron el cuello y dejaron las colas quietas. Miraron a Atrevido por unos minutos y nosotros sentimos que ese era el día que iban a dejar de bramar, pero nada sucedió. Esther fingió paciencia hasta que empezó a respirar fuerte y a jalar de las sogas para que las vacas se acercaran, las arreaba con rabia y cada tanto sorbía por la nariz, que le moqueaba por el viento. El señor Manzi la ayudaba azuzando mientras les silbaba, pero las vacas se echaron en la hierba y siguieron bramando desconsoladas. Ese día Esther dijo que no iba a volver a llevar a las benditas vacas a ningún otro lugar.

No era por eso por lo que bramaban. Aunque todavía no lo sabíamos, nos habíamos rendido ya.

Noah, Mara y Sarai se dejaban trenzar el cabello, en esa noche fría y sucia, sentadas de medio lado en el cuarto grande, donde dormían en cuatro camas viejas y enjutas, con barrotes altos, como las de los internados, hospicios y sanatorios.

Cuando mis nodrizas se trenzaban el cabello parecían otras mujeres, sus cuerpos rollizos escapaban de los uniformes de peto almidonados, se desanudaban las fajas de la cintura y las blusas se soltaban, caían y se arrugaban. A Sarai se le veía el corpiño blanco bordado muy cerca del pezón.

Esa noche intenté recordar cómo eran sus pezones, fue Sarai la que me dio el pecho cuando nací porque a mamá se le cortó la leche. Sus pechos se levantaban apenas, como las lomas de tierra de las que yo sacaba lombrices, pero por más que me esforzaba no podía recordar cómo se veían sus pezones. A veces pasaba horas intentándolo, con los ojos cerradísimos, pero solo aparecían pechos dibujados con pezones de muñeca, pezones feos sin más. La memoria, cuando no puede recordar, deforma. A usted, padre, lo recuerdo a veces como a Napoleón antes de ser desterrado, ese Napoleón en Fontainebleau de los libros de Historia que traía el profesor Erlano cuando me daba clase, un Napoleón un poco regordete y con poco pelo, pero sobre todo con una mirada derrotada. Y la verdad es que usted era moreno y flaco y tenía sobre la cabeza todo ese pelo engominado, pero por más que me esfuerzo no logro unir todas esas nociones y formar algo cercano a un padre.

Los bramidos esa noche eran peores, parecían empujar las paredes de la casa, atravesarlas y hacer eco en los rincones. Era un sonido intruso, desesperado. Yo daba vueltas por la casa, buscaba babosas siguiendo el rastro brillante y viscoso que dejaban en el piso y las paredes, quería reunir las y llevarlas al jardín para que Esther no les echara sal. Ni siquiera había babosas, quizá el sonido las había hecho esconderse.

Fui hasta el sofá de rombos de la sala de arriba, donde mamá miraba por la ventana con un libro abierto en el regazo. Yo sabía que no era ella la que miraba el mundo, sabía que había algo ahí fuera que la miraba a ella. Tenía esa quietud de quien sabe que está siendo observado, como un pájaro al que alguien mira a través de unos binoculares o un insecto al que examinan con una lupa. Su piel era tan fina que a veces parecía que todas sus venas iban a levantarse como raíces de un árbol invisible que empezara a caminar, que atravesara su corazón y su pecho y la liberara de ella misma. Apoyé la cabeza en la enagua que le cubría las piernas. Olía a flores y naftalina. Mamá no me sintió, siguió mirando por la ventana.

Usted, padre, salió de su despacho dejando una estela de humo de pipa detrás y nos dijo que subiésemos a nuestras habitaciones. Mi madre, sin apartar la vista de la ventana, solo le dijo:

«No las mates».

Usted se quedó callado y empezó a cerrar todos los postigos que cubrían nuestras ventanas, mientras mamá subía envuelta en sábanas como un fantasma por las escaleras, en completo silencio. Y yo me quedé mirando la forma en la que usted cerraba los postigos de nuestra casa, ponía con fuerza las trancas encima, cerraba los candados y guardaba las llaves en un aro grande de cobre que estaba anudado a su pantalón de lino negro.

«Vete de una vez a dormir, Lucas», me dijo entonces. Y yo subí las escaleras sin dejar de mirarlo.

Cuando estaba por terminar de cerrar los postigos alguien golpeó repetidamente el cerramiento de la casa. Golpearon muy fuerte y sin detenerse.

—¿Esperábamos a alguien, Esther?

—No, mi señor —le respondió ella, de pie en la puerta del galpón donde dormían mis nodrizas.

Cuando salió de la casa, ellas se acercaron a la puerta de entrada para mirar. Yo lo desobedecí, corrí escaleras abajo y como un gato me escabullí entre las faldas de Mara y Sarai, que siempre olían a pan. Solo podía ver detrás de la verja, muy lejos, dos hombres sobre sus caballos, pero era imposible reconocerlos. Esther dijo que no había oído a los caballos acercarse, y Sarai le dijo que en casa ya solo oíamos a las vacas.

A mí no se me ocurría nadie que pudiese llegar a nuestra casa un domingo por la noche, nadie subía ni siquiera entre semana desde el pueblo, solo sor Bruna con el padre Hetz, que venían a darnos la eucaristía, y el profesor Erlano, del que no sabría decir si subía o bajaba porque jamás supimos dónde vivía. La gente del pueblo solo venía cuando había fiesta.

Vimos cómo esos hombres se bajaron de sus caballos y hablaron con usted durante un largo rato. Luego se acercaron por el camino de adoquines y giraron hacia los establos para dejar a los animales. Cuando los volvimos a ver, venían hablando los tres como grandes amigos. Uno de ellos tenía la mano en su espalda, padre, una mano de acromegálico con los nudillos deformes y enrojecidos.

«Enciendan las velas, saquen vino y frutas. Y preparen, para estos hombres, agua caliente y ropa seca», les dijo usted entonces a mis nodrizas, mientras cruzaba la puerta con ellos detrás. No parecía asustado por esas barbas enmarañadas, largas y sucias, los ropajes negros y pesados, ni por ese parecido a dos bisontes con huecos en lugar de ojos.

Durante toda esa noche fría y llena de polvo di vueltas en la cama. Tenía miedo a dormir y que algo sucediera, y tenía miedo a no poder dormir y que algo sucediera. Los bramidos de las vacas empezaron a colarse en mi sueño como humo que lo impregna todo, pero cada vez sonaban más cansadas, como con resignación. Hasta que un silencio total cubrió la casa. Era un silencio que yo sentía por primera vez, quizá lo había sentido ya cuando salí del vientre de mi madre y no oía nada porque de haberlo hecho me habrían estallado los oídos.

El silencio de la noche me estremecía y se extendía como un olor podrido, se pegaba a mi cuerpo y lo volvía mudo.

En ese momento me levanté y abrí apenas la puerta de mi habitación, entonces vi a los dos hombres caminando detrás de las columnas de madera que había al frente. Sus botas grandes y sucias salpicaban lodo a su paso y hacían un sonido como de chapoteo sobre el piso de baldosa.

Eran dos pero sonaban como un batallón y su ruido chocaba con todo alrededor porque todo estaba tocado por ese silencio turbio, menos ellos. El que iba detrás tenía una joroba pronunciada y aun así medía lo mismo que el otro.

Al llegar a la puerta, sus cabezas tocaban el marco de madera. Introdujeron en la cerradura la llave de canuto y entraron en el cuarto que quedaba frente al mío, ese que les dio usted, padre, para que durmieran tranquilos.

Se estremeció la noche.

Las vacas habían dejado de bramar.

Reinaba el silencio a pesar de los ruidos que esos hombres hacían al dormir, o tal vez a causa de ellos.